

bajo condiciones que fatalmente debian arrastrarlo al cadalso, para que su sangre lavase los inauditos ultrajes que en su nombre se cometieron, y que, ignorados allende los mares, alejan la calificacion de mártir con que la Europa quiere llevarlo al apotéosis.

A su vez la Francia, que habia querido engañarse á sí misma y engañar al mundo con el catálogo mentido de sus proezas, bien merece salir á la vergüenza con sus derrotas, que constituyeron, entre otros motivos, la causa mas sensible que tuvo para abandonar su descabellada empresa. Fué tal el conato y eficaz cuidado de ocultar la verdad de los acontecimientos y de los desastres sufridos por los soldados de Napoleon, así como de las victorias y progresos de los republicanos, que casi estamos ciertos de que nuestra reseña producirá no pocas sorpresas, principalmente entre aquellas personas que no daban á sus compatriotas el mérito de pelear con las veteranas tropas de la Francia, y que todavía hoy mismo no pueden esplicarse la simultánea aglomeracion de tantos guerreros, á quienes bastaron tres meses para aniquilar los elementos poderosos de que aún disponia el imperio, y glorificar con sus brillantes triunfos la causa de la independencia nacional.

II.

Estado de la frontera de Tamaulipas, Nuevo-Leon y Coahuila despues de haber salido de Monterey el Supremo Gobierno.—Aparicion de Naranjo, sus trabajos y su marcha á Chihuahua.—Vuelta de Naranjo y marcha del general Escobedo desde Oaxaca.—Primeros elementos para formar el cuerpo de Ejército del Norte.—Ausilios de Diaz y Falcon.—Entrevista de Escobedo con Pedro Rios, á quien atacó y derrotó.—Ocupacion de Rio Grande.—Ataque á Piedras Negras. Fraccionamiento para estender la insurreccion.—Servicios de Carranza y espíritu de las poblaciones.—Negociado del general imperialista Olvera.—Levantamiento en Parras: Aguirre ocupa el Saltillo.—Aparicion del general Negrete.—Conferencias con Fuente y Viezca.—Desocupacion y reocupacion del Saltillo por los republicanos al mando de Escobedo.—Viezca acepta el gobierno de Coahuila.

Separado de Monterey el gobierno, y en marcha para Chihuahua, despues de la batalla de Majoma, en que Gonzalez Ortega concluyó por destruir los últimos elementos de resistencia verdaderamente militar; los Estados de Coahuila, Nuevo-Leon y Tamaulipas fueron invadidos prontamente, y enseñoreados los franceses de aquel vasto país, no hallaron por muchos dias una sola guerrilla que los hostilizase.

Allí el espíritu público había sofocádose por la falta de acierto del Ministerio de la Guerra puesto á cargo de D. Miguel Negrete, cuya conducta produjo por mucho tiempo amargos frutos. Sin embargo, estaba lejos de extinguirse el fuego pátrio entre los belicosos habitantes de aquellas dilatadas fronteras, que ardian en deseo de sacudir el yugo de sus dominadores; y mientras en Oaxaca el valiente y severo general Diaz; en Morelia, los no menos dignos Riva Palacio y Régules; en Sinaloa, el indomable Corona, y en Puebla, Chihuahua, Tabasco, Veracruz, Chiapas, Jalisco y otros Estados, se hostigaba á los franceses y traidores, disputándoles el paso, los fronterizos se despechaban de no encontrar un punto de apoyo para levantar la bandera de la República, pues Galindo que habia quedado como comandante militar en Coahuila, con ochocientos hombres por toda fuerza, habia sido derrotado por los imperiales.

Trascurrieron así cerca de ocho meses, hasta que el coronel Francisco Naranjo, que por su reconocido valor y patriotismo gozaba de buenas simpatías entre sus paisanos, volvió entre ellos á promover la insurreccion. A la vez el general Hinojosa, cuyo ardimiento y carácter desconfiado suelen interponerse entre sus buenas cualidades al grado de producirle inconvenientes personales, tambien se proponia impulsar la insurreccion; pero quizá imaginó en Naranjo un émulo de mala ley ó un enemigo, y procuró deshacerse de él enviándolo hasta Chihuahua, donde supuso que el Gobierno lo retendria.

Esta circunstancia, al parecer pequeña, retardó la insurreccion, que habria estallado mas prontamente si ambos patriotas hubieran mancomunado sus trabajos. Pero por

fortuna, Naranjo volvió pronto de Chihuahua, y con esa actividad asombrosa y peculiar de su genio audaz, preparó algunos elementos que poco tiempo despues habian de dar tan buenos resultados.

Entretanto el general de brigada Mariano Escobedo, que por voluntad del general Porfirio Diaz habia acompañado á Oaxaca, para formar de nuevo allí el ejército de Oriente, tuvo noticia de los desórdenes que el coronel Quiroga produjo en Monterey á la salida del Supremo Gobierno; y á propósito, ó porque disentía en algo del plan que el general Diaz se propuso seguir, segun lo manifestó privada y amistosamente, ó bien porque considerase abandonada la frontera donde tenia sus simpatías y su tierra natal, se separó del ejército de Oriente, bajo la protesta que hizo á Diaz de trabajar sin descanso para hacer la guerra á la intervencion francesa y al imperio.

Desde luego Escobedo se puso en marcha en condiciones muy desfavorables: la travesía era larga y peligrosa por el centro de la República, y hubo de emprenderla por Tehuantepec, Chiapas y Tabasco, donde se embarcó en un buque destinado á Nueva-York, para venir luego, como vino, á Nueva-Orleans y de allí á Brazos, donde halló nuevas y graves dificultades. En aquel punto y en sus lugares respectivos, á cortas distancias habian establecido sus líneas los confederados y los federales de los Estados-Unidos: los primeros ocupaban á Boca del Rio y los segundos á Brownsville. Pasar desde luego el Rio Bravo era esponerse á caer en poder de los imperiales; y buscar una via mas distante era en extremo resgoso, porque habia que pasar entre los confederados, que, suponiendo enemi-

gos en todos los republicanos de México, mataban impunemente á cuantos creyéndose libres y protegidos en la nacion vecina contra la intervencion y el imperio, tenian en aquellos dias la desgracia de abandonar á México.

Esto, no obstante, el general Escobedo resolvió atravesar entre aquellas gentes, y en compañía de un solo ayudante, tomó pié á tierra desde Brazos á Brownsville: allí, con el coronel Gorostieta, que enfermo aún de las heridas que recibió en Puebla, habia hecho tan molesta travesía, permaneció el tiempo absolutamente necesario para proporcionarse caballos y algunos otros recursos. Una vez provisto de ellos, se dirigió á Laredo, y se puso en contacto con el coronel Naranjo: trazaron su plan de conducta, y desde luego pudieron contar con cinco ó seis oficiales de los dispersos en la derrota que sufrió Galindo.

Estos fueron los pobrísimos y primeros elementos que sirvieron para la formacion del ejército del Norte. Escobedo se dirigió por escrito á todos sus amigos, y el 7 de Marzo de 1864, cruzó el Rio Bravo con once mexicanos, entre quienes se contaba el coronel Gorostieta. No eran mas ese puñado de hombres, que en fuerza de voluntad debian mas tarde hacerse formidables á los franceses y á los imperialistas y dar á la patria honra imperecedera. Una vez en el territorio nacional, ocuparon á Laredo de México, donde en el acto procuraron levantar alguna fuerza.

Un pensamiento generoso de orden; un cálculo esacto sobre las ecsigencias de la disciplina militar, y un patriótico desprendimiento de honores y categorías gravosas al erario nacional, y el deseo de dar un ejemplo de abnegacion republicana, sugirieron á Escobedo y Naranjo la idea de dar

á la fuerza que habian levantado, la forma de una compañía, cuyo mando obtuvo Escobedo en clase de capitán; los coroneles Gorostieta y Naranjo se redujeron á la calidad de sargentos, y apenas se aprestaban á una dudosa correría, cuando fuerzas traidoras y francesas de las que ocupaban á Tamaulipas, Coahuila y Nuevo-Leon, se violentaron á perseguirlos; pero Escobedo y sus compañeros, antiguos y prácticos conocedores del terreno, burlaban las pesquisas del enemigo, fatigándolo, y dirigian sus pasos de modo, que pudiesen hallar alguna otra fuerza republicana á la cual lograsen unirse y obrar ó resistir con buen éxito. Por desgracia, en toda la estension de aquellos Estados no ecsistia mas que otra pequeña fuerza de trece hombres mandada por el valiente y malogrado coronel Mendez, que á la sazón se hallaba inutilizado á consecuencia de una herida; pero como por otra parte los trabajos previos de Naranjo y sus amigos, y las misivas de Escobedo por distintos puntos debian dar sus resultados, pronto apareció el coronel Diaz con fuerza de Coahuila, para la que el coronel Falcon facilitó mas hombres y algunas armas. Por este tiempo habia en Piedras Negras una fuerza de sesenta hombres al mando del comandante Patiño, y otra de igual número al de Pedro Rios, quien, movido quizá por las escitativas que Escobedo habia enviado á sus amigos, lo citó á una entrevista; y como ella luego indicaba que no habia de parte de Rios la resolucion franca de unírsele, Escobedo tomó por precaucion para concurrir á la cita, dejar tras sí y en un punto inmediato, á Naranjo con treinta hombres.

En la entrevista, Escobedo no logró convencer á Rios, pero aprovechó el tiempo en comunicarse con algunos de

los soldados de este, y despertar en ellos el sentimiento de libertad propio de los fronterizos: al retirarse de entre ellos dió de plazo á Rios el resto del dia para que tomase su partido, bajo el apremio que de no resolver afirmativamente, lo pondria en la precision de batirse. Así sucedió en efecto al dia siguiente, en que Naranjo encargado de dar el ataque, batió á Rios de una manera tan vigorosa, que apenas pudo escapar este con dos de los suyos.

Prisionera la fuerza que se decia enemiga, Escobedo la refundió en su compañía, y sin perder momento emprendió su marcha, y ocupó á Rio Grande, cabecera del Distrito de ese nombre: allí todos los vecinos sin distincion alguna, se le presentaron, ofreciéndole cuantos recursos estuvieron á su alcance. Una de las dificultades mayores en aquellos momentos era la falta absoluta de parque; pero las señoras de aquella corta poblacion se afanaron en proporcionarlo, y con tal actividad, que á los cuatro dias, Escobedo, á la cabeza de doscientos hombres, pudo atacar y atacó la plaza de Piedras Negras, defendida con seis cañones y cuatrocientos soldados de infantería y caballería. Penetró al interior de la poblacion, que resistia vigorosamente, y tanto, que la fuerza republicana, consumido el parque, hubo de retirarse, y lo verificó en el mayor orden y con menos pérdida de la que tuvo el enemigo, que no se atrevió á salir en su persecucion.

Malgrado el golpe, el capitan de la compañía de Laredo dividió la tropa en dos fracciones, una que puso á las órdenes del sargento Naranjo y á las órdenes del sargento Gorostieta la otra, reservándose ocho hombres, para con ellos recorrer y sublevar los pueblos de Santa Rosa, Cua-

tro Ciénegas, San Buenaventura, Nadadores y Abasolo, de los que se prometia sacar soldados y parque. Todos estos pueblos lo recibieron cordialmente y pudo comunicarse con sus principales vecinos; pero no podia obtener los inmediatos resultados que deseaba, hasta que en Cuatro Ciénegas, un distinguido patriota, D. Jesus Carranza, que tenia preparados algunos trabajos, con particular empeño le obligó á que hablase á las mismas autoridades que funcionaban en nombre de la intervencion, y que realmente no conservaban el puesto sino por no entregar el país á los dominadores. Establecióse en el acto la mejor inteligencia, y entre Carranza, las autoridades y los vecinos de la poblacion, proporcionaron veinte hombres mas, en quienes se contaban algunos jóvenes de las principales familias, siendo las señoras las que con mas ardimiento animaban á ese pequeño contingente á pelear por la independencia. Tambien proporcionaron armas y algun vestuario, mientras que los vecinos acomodados de los otros pueblos, á su vez enviaban montados y armados á muchos de sus sirvientes, condonándoles sus deudas y remitiendo con ellos mismos y de la manera mas espontánea, los recursos posibles, no obstante que de Monterey salia López y de otro punto Tabachisky en busca de Escobedo. Esto acontecia en momentos en que por extraordinario, Gorostieta comunicaba que el coronel mexicano D. Santos Benavides, que residia en Texas, y era ya conocido por sus anteriores y buenos servicios á la causa nacional, buscaba empeñosamente á Escobedo y escigia que avanzase á verlo para comunicarle el objeto de una comision.

Esta era la que menos podia esperarse: Benavides pre-

sentó una carta del general imperialista, D. Feliciano Olvera, jefe militar de los estados de Coahuila y Nuevo-Leon, en que lo autorizaba para que hablase con Escobedo, lo persuadiese de abandonar las armas y le diese toda clase de garantías para que, pasando por Monterey, se retirase al extranjero, á cuyo fin tendria considerables recursos á su disposicion. Previamente, Olvera deseaba hablar con Escobedo entre Monterey y Lampazos, bajo el concepto de que, para entrar en cualquier convenio, se hallaba autorizado por el general D. Tomas Mejía. Al avistarse con Escobedo, Benavides le manifestó que su principal objeto al aceptar la comision, era ponerlo al tanto de los elementos del enemigo.

Escobedo vió en este accidente un recurso de tiempo preciosísimo, que podia emplear, diseminando á algunos de sus oficiales por diversos puntos para que buscasen dinero y reclutasen hombres. Dominado por esta idea, contestó á Olvera que accederia y estaria dispuesto á tener la entrevista de que le hablaba Benavides, en el punto que se designase, siempre que antes mandara retirar las fuerzas de López y de Tabachisky, sin que las de Escobedo se moviesen de los puntos que ocupaban; pero mientras Benavides hacia su camino á Monterey, López con ochocientos hombres salia de Piedras Negras sobre Escobedo, quien al saber el movimiento, creyó conveniente dividir su escasa fuerza. Puso unos ochenta hombres á las órdenes de Naranjo, con objeto de que provocase á López, lo atrajese y se dejase perseguir de él, hasta que, internado en el desierto, escogiese el punto mas á propósito para batirlo con ventaja.

La otra fraccion á las órdenes de Escobedo, se puso en

marcha rápida con direccion á Monterey cuyo movimiento obligó á López á seguirlo. La distancia que habia que recorrer era inmensa: Escobedo caminaba por terreno amigo, y en el solo tránsito de Lampazos á Monclova, López perdió en desercion mucha de su fuerza, mientras que el jefe republicano engrosaba la suya. Entre Monclova y Boca de los Rios éste creyó encontrar una posicion ventajosa para esperar al enemigo, y tomando las precauciones convenientes se dispuso resistir. Allí recibió contestacion de Olvera, en que le hacia saber que se habian dado ya las órdenes correspondientes á López para que suspendiese sus operaciones sobre Escobedo, quien podia por lo mismo, caminar desde entonces en perfecta seguridad.

Un acontecimiento feliz sacó á Escobedo de la situacion embarazosa que sentia ya con la entrevista de Olvera, á la cual como hemos visto, accedió únicamente por ganar tiempo. El ciudadano coronel Francisco Aguirre habia enviado en calidad de comisionado al comandante Hipólito Charles, con una carta en que lo comunicaba el levantamiento del Distrito de Parras, donde habia ya organizado doscientos hombres para marchar sobre el Saltillo. Puesta en proporciones tales la insurreccion, no era conveniente dejar que sus elementos se aislasen, ni que, las fuerzas diseminadas y sin obrar de comun acuerdo, quedasen en condicion de ser destruidas en detall por las tropas imperiales y por las francesas, que contaban con los mejores recursos en armas y en direccion militar. Por esta razon Escobedo resolvió prudentemente desligarse del compromiso que habia contraido con Olvera para la conferencia, y á esto lo autorizaba la conducta de López, que en sus avances ultrajaba y

estorcionaba á los pueblos de una manera cruel. Así se le hizo entender á Olvera, manifestándole, que por ese motivo las operaciones no podían suspenderse, quedando en consecuencia él y Escobedo en perfecta libertad de obrar.

Al terminarse así este incidente se recibió un segundo correo del general Aguirre, que avisaba haberse puesto en marcha con doscientos hombres de la Laguna sobre la ciudad del Saltillo. Entonces Escobedo ordenó á Naranjo que permaneciese en observación de Tabachisky en el camino de Piedras Negras: á Falcon, para que con la fuerza que le dejaba se colocase á retaguardia de López, con el objeto de hostilizarlo y entretenerlo, y envió cien hombres con dirección al Saltillo, á donde con una escolta de diez se dirigió violentamente; pero Aguirre apresuró de tal modo sus operaciones y con tan feliz éxito, que, al llegar Escobedo, ocupaba ya la ciudad, después de haber derrotado á las tropas traidoras que la guarnecían.

Puestos de acuerdo allí los dos gefes, y dejando Escobedo cien hombres mas que robusteciesen la fuerza de Aguirre, marchó rumbo á Parras hasta hallar al general Negrete, entonces ministro de la guerra, para darle cuenta del estado que guardaba la frontera y de paso conferenciar con los CC. Andres Viezca y Juan Antonio de la Fuente, personas de reconocido patriotismo y de merecido influjo en aquel rumbo, sobre el modo de organizar la guerra. Fuente gustosamente sometido al admirable mecanismo del sistema republicano, desempeñaba en Parras las funciones de gefe político, en cuyo puesto alcanzó tanta honra como en el de plenipotenciario en Francia, y de primer ministro de Estado en la República. Conferenció largamente con

Escobedo, y sus prudentes consejos debieron servir mucho al éxito de la insurrección.

Negrete había llegado á Parras con tres mil hombres, y desde allí dió á Escobedo el mando de todas las caballerías, que, puestas á vanguardia, marcharon á reocupar el Saltillo, porque Aguirre, amagado por una fuerza de mil ochocientos hombres mandados por Olvera y López, tuvo necesidad de abandonarlo á su vez. En presencia de las caballerías republicanas, López y Olvera desocuparon de nuevo la ciudad.

Poco antes de que esto aconteciese, el Supremo Gobierno había nombrado gobernador del Estado de Nuevo-Leon y gefe de las fuerzas del de Coahuila al mismo general Escobedo, y facultándole ampliamente para que nombrase comandante militar; pero éste gefe, que había impuéstose como principio de órden no hacer uso de su poder donde quiera que hallase una autoridad superior, se atuvo á las disposiciones del ministro de la Guerra, cuando después de hablar con Viezca para que aceptase el gobierno y comandancia militar del Estado de Coahuila, éste ciudadano le manifestó, que no podía tomar sobre sí tan honrosos cargos por parecerle indudable que no caminaría de acuerdo con el general Negrete, en atención á los antecedentes desagradables de entrambos el año anterior en Monterey y en el Saltillo. En efecto, la conducta de Negrete había sido tan despótica y repugnante en aquellos Estados, que no era fácil hallar hombres que de buena voluntad se prestasen á servir bajo sus órdenes; pero Viezca era patriota, y al fin, cediendo á las instancias de Escobedo, aceptó el mando.